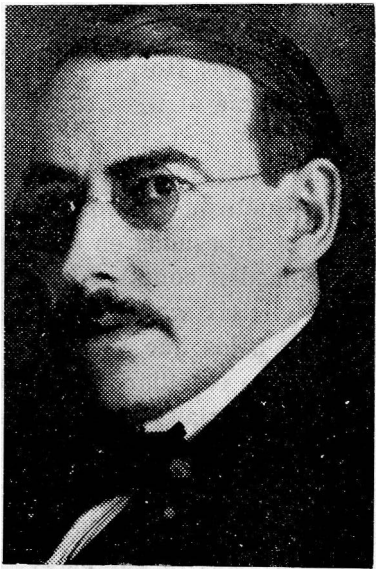
PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL Sr. PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD DE CIRUGIA EN EL SEPELIO DEL Dr. GARIBALDI J. DEVINCENZI

Señores:

El Ministerio de Salud Pública y la Sociedad de Cirugía del Uruguay, cuyas representaciones invisto en este momento, no podían permanecer impasibles ante la desaparición del Dr. Garibaldi J. Devincenzi, quien fuera durante muchos años técnico de actuación irreprochable en aquella repartición pública y miembro de la segunda desde la hora primera de su fundación.



Dr. Garibaldi J. Devincenzi

Iniciado en la carrera hospitalaria como Interno Honorario en las Salas de los Dres. Alfonso Lamas y Juan Francisco Canessa, su labor intensa y voluntaria deja honda huella en el espíritu de todos, Maestros y compañeros, mostrando así desde el comienzo, las facetas de una inteligencia superior y un espíritu de trabajo que hubieron de caracterizarlo durante todo el curso de su vida.

Egresado de nuestra Facultad en 1909, su brillante actuación escolar lo hacen acreedor a la beca de perfeccionamiento correspondiente a dicho año; ante la exigencia de someterse a disciplinas que no son de su predilección, rechaza el tentador viaje a Europa, optando por permanecer en el país e inicia una nueva etapa en su carrera como Cirujano Adjunto al lado de su maestro Juan Francisco Canessa, en la Sala Francisco Cabrera, donde permanece en tal calidad hasta su retiro en 1934.

Producida la reforma que creara la Asistencia Pública Nacional, es designado en 1912, previo concurso de selección, Médico Interno del Hospital Maciel, conjuntamente con los Dres. Prat, Iraola y Albo, formándose así el famoso grupo de los 4, que durante muchos años realizara la Cirugía de Urgencia en nuestra ciudad, elevándola de nivel al perfeccionarla constantemente, haciendo escuela práctica donde bebieron enseñanzas insuperables y se formaron varias generaciones, inclusive la mía. Es esta una de las páginas de oro en la Historia de la Medicina nacional. Permanece en el cargo aunque con denominaciones distintas hasta 1934, en el que ante el imperio de una reglamentación no siempre aplicada, se ve en la obligación de renunciar a su puesto. Fueron estos 22 años el período más brillante y fecundo de su actuación médica; durante el mismo, publica la casi totalidad de sus trabajos quirúrgicos, fruto de la observación y experiencia en la Puerta de los Hospitales. Son un ejemplo de probidad científica.

Me unía al Dr. Devincenzi una vieja amistad; lo conocí como maestro de trabajos prácticos de Historia Natural, hace más de treinta años, en la Universidad de la calle Cerrito, viejo edificio cuya silueta no puedo mirar sin cierta melancolía al recordar los momentos pasados en ella que si no fueron los más felices de mi vida, pueden contarse entre los más alegres. Melancolía, que se torna en tristeza, cuando pienso en la larga lista de los desaparecidos, a los que se une hoy un nombre más, que allanaron mi camino de estudiante. Se inicia en aquella época su predilección por las ciencias naturales, las que conjuntamente con la cirugía, absorbieron las actividades de su existencia.

Volvemos a encontrarnos en el Hospital Maciel; Médico y practicante trabajan en consorcio, con amplia armonía, sin que los roces inevitables que se producen en el trato diario, alteraran en lo más mínimo, una mutua afección que solo se ve hoy interrumpida por la suprema ley natural. Es que Devincenzi, a pesar de su ceño a veces adusto que lo hacía parecer inaccesible a quienes no lo conocían, era todo corazón; sus arranques, no significaban otra cosa que la máscara conque pretendía ocultar las exteriorizaciones de un temperamento harto sensible. Y pueden testimoniarlo así aquellos que como yo recurrieran a sus conocimientos en alivio de sus dolores; a pesar del tiempo transcurrido, me parece verlo al lado de mi cama, con espíritu verdaderamente pater-

nal, consolarme y darme esperanzas para la prosecución de una carrera que en mi delirio de enfermo creía definitivamente quebrada.

Pero esta ficción se hacía realidad ante las injusticias o fallas conscientes; porque Devincenzi devoto de rígidas disciplinas morales, no toleraba dobleces o claudicaciones interesadas; así le vemos rechazar una beca ante imposiciones que considera fuera de lugar; sostener públicamente con firmeza ideas filosóficas, que con sólo haber mantenido ocultas como tantos otros lo hicieron, le hubieran abierto quizás, las puertas de una clientela poderosa. Prefirió la lucha y quienes no pensaron como él, tendrán que reconocer que siempre estuvieron frente a un adversario leal.

Desde 1934, fecha de su retiro obligado de Cirujano del Bureau, no se le vió aparecer más en los hospitales; su carrera médica parece haber terminado; sin embargo a pesar de aquella dura desilusión, sigue atentamente la evolución de nuestra ciencia; y pocas semanas ha, cuando los avances de la enfermedad no le dejan duda alguna sobre la proximidad de un destino fatal, redacta el prólogo de una obra, actualmente en prensa. Su espíritu de trabajo, el afán de ser útil a sus semejantes, pueden más que los dolores emanados de una intensa lesión visceral. Este gesto, si no hubiera otros, bastaría para mostrar lo que fué Devincenzi.

En nombre del Sr. Ministro de Salud Pública, que me ha hecho el honor de nombrarme su representante en este sepelio; como Presidente de la Sociedad de Cirugía y haciendo públicas mis más íntimos sentimientos, me inclino reverentemente ante el cuerpo de quien fué irreprochable técnico, hábil cirujano, excelente maestro y amigo.